

## LA DE LA MONA, LA FUENTE DE LA NOSTALGIA

Por Andrés Yagüe Martín



Muy poco debía de faltarle para cumplir un siglo. Que el tiempo no es nada cuando los años se pasan sin sentir, como debió de ocurrirle a la “mona”, a nuestra “mona”, a esa imagen, mitad mitológica, mitad familiar que se alzó en símbolo junto a la carretera de Berlanga, bajo el Padrastro, oteando el valle de Atienza.

Cuentan que la pusieron los camineros de Obras Públicas cuando se hizo la carretera, y cuentan que entonces, cuando la carretera se hizo y se puso la imagen de la “mona”, que nadie acierta a decir el por qué del apelativo, la fuente tenía agua.

Yo la he visto con agua, como la hemos visto muchos atencinos a lo largo del siglo XX, cuando un día cualquiera, de paseo, nos íbamos “hasta la fuente la mona”.

Un día la fuente dejó de manar como solía, y aquél caño que antaño llenaba el piloncillo se convirtió en apenas un hilito de agua, hasta que, otro buen día, el hilito de agua se perdió para siempre, como se perdió el piloncillo y quedó la fuente al lado de la carretera de Berlanga, debajo del Padrastro, oteando el valle, como una figura abandonada a su suerte.

Y es que hay monumentos, o emblemas, o como lo queramos llamar, que un buen día se quedan abandonados a su suerte, o mejor dicho, a su mala suerte.

Uno de esos emblemas, o como lo queramos llamar, fue la fuente de la “mona”, que sin quererlo se había convertido, para los de Atienza, en un lugar de referencia. Para los segadores que iban hacia los Arenales; para aquellos que nos plantaron los pinares por los años treinta o cuarenta; para los maestros de los colegios que sacaban a los críos de excursión “hasta la fuente de la mona”; para la señora Emiliana, la tía Delgá, que iba “por la fuente de la mona”, a recoger arena para luego venderla para restregar los pucheros.

La fuente de la “mona”...

Parece mentira. Allí, tan solitaria, a través de los años, casi cien cumplidos. Nadie sabe de donde salió, o cómo se hizo.

Este otoño, camino del pinar, por ver si había algún niscalo que llevarme a la cesta, pasé por la fuente de la “mona”, la primera vez que veía la fuente sin ese emblema que lo fue todo a lo largo de casi cien años.

Lástima que la hayamos perdido. Alguien, en su casa de campo, o de pueblo, se sentirá dichoso por tener un emblema que perteneció a Atienza. Tal vez lo trate mejor de lo que la tratamos nosotros, que dejamos ese emblema abandonado a su suerte, hasta que alguien lo llevó y nosotros comenzamos a echarlo de menos, cuando empezó a faltarnos la imagen y nos dimos cuenta de que nos faltaba su foto en el álbum de los recuerdos.

No había setas, así que tuve que conformarme con salir a comprarlas... a la tienda de la esquina... con la nostalgia de que, igual que las setas o los niscalos, me faltaba la imagen de la fuente.